

Peter Burke

IGNORANCIA

UNA HISTORIA GLOBAL

Traducción del inglés por Cristina Macía Orio

Alianza Editorial

Título original: *Ignorance. A Global History*

Publicado originalmente por Yale University Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Peter Burke, 2023
© de la traducción: Cristina Macía Orio, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-481-7
Depósito Legal: M. 23.335-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para los maestros del mundo entero, los héroes
de la lucha cotidiana por remediar la ignorancia.

La educación no es cara. Lo que es caro es la ignorancia.

LEONEL BRIZOLA

¿Qué campo más amplio puede haber
que un tratado sobre la ignorancia?

PETRARCA

ÍNDICE

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS.....	11
PARTE I. LA IGNORANCIA EN LA SOCIEDAD.....	15
1. ¿Qué es la ignorancia?	17
2. Lo que dicen los filósofos sobre la ignorancia	39
3. Ignorancia colectiva.....	45
4. El estudio de la ignorancia.....	59
5. Historias de la ignorancia	73
6. La ignorancia de la religión.....	85
7. La ignorancia de la ciencia.....	111
8. La ignorancia de la geografía	133
PARTE II. CONSECUENCIAS DE LA IGNORANCIA ..	173
9. La ignorancia en la guerra.....	177
10. La ignorancia en los negocios	199
11. La ignorancia en la política.....	235
12. Sorpresas y catástrofes.....	271
13. Secretos y mentiras	293
14. Futuros inciertos	337
15. La ignorancia del pasado	357

CONCLUSIÓN. EL NUEVO CONOCIMIENTO Y LA NUEVA IGNORANCIA.....	375
NOTAS.....	381
LECTURAS ADICIONALES.....	449
GLOSARIO.....	451
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	455

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

La ignorancia, entendida como ausencia de conocimiento, no parece en principio un tema de discusión; como dijo una persona que conozco, un libro acerca de la ignorancia tendría las páginas en blanco. Pero está despertando un interés creciente, estimulado por las espectaculares exhibiciones de ignorancia por parte de Trump y Bolsonaro, por no mencionar otros gobiernos¹.

De hecho, el proyecto multidisciplinar que conocemos como «estudios de la ignorancia» ha ido cobrando impulso desde hace treinta años, tal como veremos en el capítulo 4, aunque los historiadores rara vez han tomado parte hasta hace relativamente poco. Parece que ha llegado la hora de examinar el papel de la ignorancia, incluida la ignorancia activa, en el pasado. En mi opinión, este papel se ha subestimado, lo que ha llevado a confusiones, errores de apreciación y

otras equivocaciones, a menudo con consecuencias desastrosas. Esto ha quedado más claro que nunca en el momento actual, cuando la respuesta de los gobiernos al cambio climático es escasa y tardía, pero, como espero demostrar más adelante, los tipos de ignorancia y los desastres que provocan son muchos y diversos.

He escrito este libro para dos tipos de personas. Primero, para los lectores en general. Cada individuo es una combinación única de conocimientos e ignorancia, o, como prefiero decirlo yo, *conocimientos e ignorancias*, así que el tema es sin duda de interés general. Segundo, para otros estudiosos, no necesariamente de mi propio campo, sino de todas las disciplinas en las que se trabaja ahora con la ignorancia. Espero y deseo que este intento de mostrar una «imagen general» de lo que se ha hecho y lo que se puede hacer anime a los estudiosos más jóvenes a adentrarse en lo que no es todavía un «campo» y, por supuesto, a criticar, matizar y refinar mis conclusiones provisionales.

Una futura historia de la ignorancia se podrá organizar a la manera tradicional, siglo tras siglo. Esta narrativa dependerá de la identificación de las tendencias generales comunes a los diferentes campos. Si este libro fomenta la aparición de estudios en el futuro, me daré por muy satisfecho. Por el momento, dada la actual ignorancia sobre la historia de la ignorancia, es más realista organizar un estudio general en la forma de una serie de ensayos sobre los diferentes temas.

Al igual que mis anteriores estudios sobre el conocimiento, este libro se centra en Occidente y los quinientos últimos años, aunque también presenta ejemplos tomados de Asia y África. Esta concentración deja lugar a la crítica en dos sentidos diferentes. Por una parte, porque no tiene en cuenta al

resto del mundo y los siglos anteriores; por otra, porque va más allá de los límites de mis investigaciones sobre Europa entre el 1500 y el 1800. Espero poder convencer a los lectores de que esta situación, como sucede con otros muchos conflictos, es una cuestión de compromiso. Mis motivos para dedicar tan poco espacio a otras zonas del planeta son muy sencillos: «Ignorancia, señora, pura ignorancia», como dijo en cierta ocasión el doctor Johnson a una dama que le señaló un error en uno de sus libros. Por otra parte, creo firmemente que la comparación y el contraste entre la Europa de principios de la Edad Moderna y la de finales nos ayuda a tener una imagen más clara. El ejemplo de Françoise Waquet, que ha publicado varios libros sobre el conocimiento, todos dedicados a los quinientos últimos años, apoya mi teoría².

Esta visión más amplia nos descubre que ciertas prácticas que consideramos recientes, como las filtraciones y la desinformación, datan en realidad de hace siglos. También llama la atención hacia los cambios graduales —casi imperceptibles— en lo que no se sabía, que no respetan la división entre «Alta Edad Moderna» y «Baja Edad Moderna». Por tanto, en cada capítulo de este libro se hablará de ejemplos a ambos lados de esa línea divisoria.

La perspectiva general que se presenta aquí se puede considerar el prólogo a una historia futura, un reconocimiento del terreno, con muchos espacios en blanco. La idea de dibujar un mapa de lo desconocido parece en sí una contradicción. Pero, para mí, igual que para otros muchos colegas dedicados a las ciencias sociales y a la historia, es un proyecto viable. Los críticos pueden argumentar que es «prematureo». Mi respuesta es que una visión general de este tipo resultará útil sobre todo al principio del interés en la historia de la ig-

norancia. Con vistas al futuro, espero animar y orientar a otros autores de futuros estudios presentándoles hipótesis para que las pongan a prueba, alentándolos a situar sus investigaciones en un marco general más amplio. Las excavaciones en profundidad de los especialistas y la visión amplia del generalista se ayudan y estimulan mutuamente.

Al igual que sucedió con mis anteriores libros, he contado con la ayuda de amigos y colegas que han reducido mi ignorancia acerca de las ignorancias con sus consejos, sus comentarios sobre los sucesivos borradores, la mención de huecos que había que llenar y referencias que había que investigar. Quiero dar las gracias a Richard Drayton, Tim Harris, Julian Hoppit, Joe McDermott, Alan Macfarlane, Juan Maiguashca, David Maxwell, Anne Ploin, James Raven, David Reynolds, Jake Soll, Kajska Weber, Iro Zoumbopoulos y Ghil'ad Zuckermann. También, particularmente, a Geoffrey Lloyd, por compartir conmigo sus vastos conocimientos sobre Grecia y China, y a dos críticos anónimos por sus comentarios constructivos. Un agradecimiento muy especial es para Cao Yijing, por sugerirme que eligiera la ignorancia como tema para las Gombrich Lectures, previstas en principio para 2002, pero que no llegaron a celebrarse; para Lukas Verburgt, compañero de trabajo en el «campo» de la ignorancia, por nuestras conversaciones sobre el tema y por leer todo el borrador; y, una vez más, a Maria Lúcia, por su trabajo con las referencias y sus perspicaces comentarios sobre el borrador.

PARTE I.

LA IGNORANCIA EN LA SOCIEDAD

¿QUÉ ES LA IGNORANCIA?

La ignorancia, al igual que el conocimiento,
es una creación de la sociedad.

MICHAEL SMITHSON

El proyecto de escribir una historia de la ignorancia suena casi tan extraño como la idea de Flaubert de escribir un libro sobre nada, *un livre sur rien*, «un libro que no dependa de nada externo [...], un libro que casi no tenga tema, o como mínimo que el tema sea casi invisible». En otras palabras, una búsqueda de la forma pura¹. Muy consecuente con ello, Flaubert nunca escribió nada acerca de nada. Por el contrario, sobre la ignorancia se ha escrito mucho, casi todo negativo. Hay una larga tradición de denuncia de la ignorancia por diferentes motivos y razones.

Denuncia de la ignorancia

Los arabófonos definen el periodo preislámico como «la era de la ignorancia» (*al-Jahiliyya*). Durante el Renacimiento, los humanistas fueron los primeros en decir que la Edad Media había sido una etapa de oscuridad. En el siglo xvii, Lord Clarendon, el historiador de la guerra civil de Inglaterra, describió a los padres de la Iglesia como «grandes luces que aparecieron en tiempos muy negros», «tiempos de barbarie e ignorancia»². Durante la Ilustración, la ignorancia se asociaba con el apoyo al «despotismo», el «fanatismo» y la «superstición», todo lo cual tocaría a su fin en una era de razón y conocimiento. George Washington, por su parte, declaró que «los cimientos de nuestro imperio no se construyeron en la oscura edad de la Ignorancia y la Superstición»³.

Este tipo de perspectiva siguió vigente mucho tiempo. Por ejemplo, el término *al-Jahiliyya* ha sido utilizado más recientemente por musulmanes radicales como el intelectual egipcio Sayyid Qutb, dirigido especialmente contra Estados Unidos⁴. La ignorancia era también uno de los cinco gigantes que prometió matar el político liberal William Beveridge, cuyo informe fue la base del Estado de bienestar británico creado por el gobierno laborista de 1945 (los otros eran la pobreza, la enfermedad, la suciedad y la ociosidad)⁵.

Más recientemente, en Estados Unidos, Charles Simic ha escrito que «la expansión de una ignorancia que raya en la estupidéz es nuestra nueva meta nacional»; mientras que Robert Proctor, cuya investigación se centra en la historia de la ciencia, ha declarado que nuestros tiempos son «la edad de oro de la ignorancia»⁶. Aunque somos conscientes de que sabemos muchas cosas que no sabían las generaciones anteriores, no

somos conscientes de aquello que ellos sabían y nosotros ahora no sabemos. Hay ejemplos de esta pérdida de conocimientos, de la que hablaremos más adelante, que van desde la familiaridad con los clásicos griegos y romanos a la historia natural cotidiana.

En el pasado, una de las principales razones de la ignorancia en los individuos era que circulaba muy poca información en la sociedad. Parte del conocimiento era «precario», como lo define Martin Mulso: solo se había plasmado en manuscritos y se conservaba escondido porque las autoridades de la Iglesia y el Estado lo rechazaban⁷. Hoy en día, la paradoja es que el problema estriba en la abundancia, en la «sobrecarga de información». Los individuos experimentan un «aluvión» de información, y a menudo son incapaces de elegir lo que quieren o lo que necesitan, una situación también conocida como «fallo del filtrado». Por lo tanto, nuestra autodenominada era de la información «permite la difusión de la ignorancia tanto como la difusión del conocimiento»⁸.

Loa a la ignorancia

Frente a la tradición de denuncia de la ignorancia, nos encontramos ahora con una posición opuesta: un número relativamente reducido de pensadores y autores que se atreven a sugerir que el entusiasmo por el conocimiento, la «epistemofilia», tiene sus peligros, mientras que la ignorancia es una bendición, o como mínimo presenta ciertas ventajas. Algunos de estos autores, sobre todo en la Italia del Renacimiento, no lo decían en serio, y ensalzaban la ignorancia igual que la calvicie, los higos, las moscas, las salchichas y los cardos, todo

como muestra de ingenio y exhibición de sus habilidades retóricas, reviviendo la tradición clásica del elogio burlesco.

Pero, desde una actitud más seria, hay una larga tradición que viene desde San Agustín y que critica la «curiosidad vana», dando a entender que ostentar cierto tipo de ignorancia es la opción más inteligente. El clero moderno, tanto el católico como el protestante, solía ser enemigo de la curiosidad y la trataba «como un pecado, generalmente venial, pero a veces mortal»⁹. Se presenta como mortal en la leyenda de Fausto, que ha inspirado obras de teatro, óperas y novelas¹⁰. Cuando Kant utilizó el «atrévete a saber» (*Sapere Aude*) como lema de la Ilustración, se trató de una reacción contra la recomendación bíblica de «no queráis saber lo que está por encima de vosotros» (*Noli altum sapere sed time*), que Alexander Pope parafraseó como «no presumas que Dios vigila»¹¹.

Hay argumentos laicos que complementan los religiosos. Michel de Montaigne sugirió que la ignorancia era más propicia para la felicidad que la curiosidad. Henry Thoreau, el filósofo naturalista, quería fundar la Sociedad para la Divulgación de la Ignorancia Útil, que complementara la otra existente, la Sociedad para la Divulgación del Conocimiento Útil¹². En sus *Études de la nature* (1784), Bernardin de Saint-Pierre, novelista y botánico, alabó la ignorancia porque a su juicio estimulaba la imaginación¹³. Y Olympe de Gouges, la feminista francesa, nadó contracorriente de todas las historias publicadas durante la Ilustración cuando defendió en *Le Bonheur primitif* (1789) que los «primeros hombres» fueron felices porque eran ignorantes, mientras que, en los tiempos en los que ella vivía, «el hombre ha llevado demasiado lejos su conocimiento»¹⁴.

En el caso de la ley, la justicia se representa a menudo, ya desde el Renacimiento, con una venda en los ojos, para simbolizar la ignorancia en su aspecto de mente abierta y falta de prejuicios¹⁵. Es por ello que los jurados tienen que estar aislados para protegerlos de toda información que pueda sesgar su veredicto. Otros discursos sobre la «virtud de la ignorancia» son cada vez más frecuentes: el filósofo John Rawls defendió el llamado «velo de la ignorancia», estar ciego a todo lo relativo a la raza, la clase social, la nacionalidad o el género, para así ver a los individuos como seres moralmente iguales¹⁶.

La «virtud de la ignorancia» es un concepto que se ha acuñado para referirse a la renuncia a investigar sobre armas nucleares, por ejemplo, o, como mínimo, a publicar los resultados. Los antropólogos y los sociólogos han señalado otros rasgos positivos en diferentes tipos de ignorancia, y han escrito sobre sus diversas «funciones sociales» o «regímenes». Por ejemplo, los sacerdotes están obligados a guardar el secreto de confesión, mientras que los médicos hacen juramento de respetar la intimidad de sus pacientes. La democracia se protege mediante el secreto del voto. El anonimato permite a los evaluadores valorar los exámenes sin prejuicios, y a los participantes en una revisión por pares decir lo que opinan realmente sobre el trabajo de sus colegas. Las negociaciones secretas hacen que los gobernantes puedan hacer concesiones que a la luz pública serían imposibles. Lejos de aportar únicamente beneficios, la información también entraña riesgos¹⁷.

A finales del siglo XIX se recomendaba la ignorancia como solución para un problema cada vez más marcado, el «demasiado que saber». Por ejemplo, George Beard, neurólogo estadounidense, aseguró que «la ignorancia es poder, además de placer», como remedio al «nerviosismo»¹⁸. Muchos autores

especializados en el tema de los negocios y la gestión consideran que la ignorancia es un «recurso» o un «factor para el éxito».

Por ejemplo, Anthony Tjan recomienda «aceptar la propia ignorancia», dado que los emprendedores «ignorantes de sus limitaciones y realidades externas» tendrán más probabilidades de «generar ideas libremente». Más adelante matizó que «la clave estriba en identificar los momentos críticos en la trayectoria de una compañía, cuando un enfoque sin conocimientos previos es lo más positivo». La expresión «ignorancia creativa» implica el reconocimiento de que el exceso de conocimiento puede limitar la innovación, tanto en los negocios como en otros campos¹⁹. Esta expresión, «ignorancia creativa», la acuñó un escritor en el *New Yorker* para referirse a lo que había impedido a Beardsley Ruml, director de una importante fundación para la investigación, ver «los carteles de “prohibido el paso”, “no pisar la hierba”, “Mantengan la distancia” y “callejón sin salida” en el mundo de las ideas», advertencias que obstaculizaban la interdisciplinariedad de la que era partidario. A un nivel más práctico, se dice que Henry Ford afirmó que buscaba «a muchas personas con una capacidad infinita para no saber lo que no se puede hacer»²⁰.

Si se afirma que la ignorancia tiene cierta utilidad, conviene hacerse una pregunta obvia: ¿a quién le es útil? Sea como sea, los ejemplos que se mencionan en este libro sugieren que las consecuencias negativas de la ignorancia superan con mucho a sus posibles beneficios; de ahí que este libro se haya dedicado a los maestros que tratan de remediar la ignorancia de sus alumnos. Es muy comprensible el deseo de no saber, o de que otros no sepan, cosas que nos asustan o avergüenzan, ya sea a nivel individual o de organización, pero las

consecuencias de este deseo suelen ser negativas, al menos para los demás. La ignorancia o negación de hechos incómodos será un tema recurrente de este libro.

¿Qué es la ignorancia?

En el largo debate a favor o en contra de la ignorancia, las diferentes posiciones dependen, obviamente, de la definición que hacen del término aquellos que las defienden. La definición tradicional es sencilla: ausencia o «privación» de conocimiento²¹. Esta ausencia o privación suele no ser visible para el individuo o grupo ignorante. Se trata de una forma de ceguera que tiene consecuencias importantes, entre ellas los desastres de los que hablaremos en la segunda parte.

La definición tradicional se suele criticar porque es demasiado amplia y requiere matizaciones. Por ejemplo, en inglés «ignorance» (ignorancia) no es exactamente lo mismo que «nescience» (nesciencia), y ninguno de los dos significa estrictamente «no saber». Luego está el término «unknowing» (inconsciencia, no conciencia), que parece de cuño reciente, pero en realidad se remonta a un autor anónimo del siglo XIV, que lo utilizó en un tratado sobre el misticismo²². También hay distinciones similares en otros idiomas. Por ejemplo, los alemanes distinguen el «Unwissen» y el «Nich-Wissen», y así el sociólogo alemán George Simmel habló de lo que él denominó «la normalidad cotidiana del no-saber [*Nicht-Wissen*]²³. Lo malo es que los diferentes autores utilizan estos términos con significados diferentes²⁴.

Sí hay acuerdo general en que se debe distinguir entre «lo que sabemos que no sabemos», como la estructura del ADN

antes de que se descubriera en 1953, y «lo que no sabemos que no sabemos», como en el caso del descubrimiento de América por parte de Colón cuando iba en busca de «las Indias». Esta distinción ya la hicieron antes diferentes ingenieros y psicólogos, pero se suele atribuir a Donald Rumsfeld, el exsecretario de Defensa de Estados Unidos. En una rueda de prensa sobre los preparativos para la invasión de Irak en la que se pidió a Rumsfeld que aportara pruebas sobre las armas de destrucción masiva de Saddam Hussein, respondió lo siguiente:

Siempre me han interesado los informes que dicen que algo no ha sucedido, porque, como ya sabemos, hay cosas que sabemos que sabemos. También hay cosas que sabemos que no sabemos; es decir, cosas que somos conscientes de que ignoramos. Pero además hay cosas que ignoramos que ignoramos: lo que aún no sabemos que no sabemos. Y si estudiamos la historia de nuestro país, igual que la de otros países libres, la última categoría suele ser la más difícil²⁵.

Dejando a un lado el hecho de que Rumsfeld la utilizó para esquivar una pregunta incómoda, la distinción entre lo que sabemos que sabemos, lo que sabemos que no sabemos y lo que no sabemos que no sabemos sigue siendo muy útil.

La psicología de la ignorancia

¿Y qué pasa con lo que no sabemos que sabemos? Esta frase, que parece ideal para discutir sobre lo que se suele denominar «conocimiento tácito», la utilizó en un sentido muy diferente el filósofo Slavoj Žižek, que señaló que «a Rumsfeld se le ol-

vidó la cuarta categoría, “lo que no sabemos que sabemos”, el inconsciente freudiano, “el conocimiento que no se conoce a sí mismo”, en palabras de Lacan», y que incluye el conocimiento del propio Rumsfeld sobre las torturas en Abu Ghraib²⁶.

A Freud le interesaban otros tipos de ignorancia inconsciente. En su famosa discusión sobre la interpretación de los sueños, se preguntó si los que soñaban comprendían o no el significado de sus sueños, para llegar a la conclusión de que «es muy posible, se podría decir que incluso probable, que el soñador sepa lo que significa su sueño, pero no sepa que lo sabe»²⁷. En términos generales, a Freud le interesaba lo que sus pacientes no querían saber sobre ellos mismos. El no querer saber será un tema recurrente en este libro.

Jacques Lacan, un freudiano nada ortodoxo, también se mostró muy interesado en el tema de la ignorancia. Según él, los psicoanalistas eran personas que no sabían lo que era el psicoanálisis (y sabían que no lo sabían), todo lo contrario de las personas que creían saberlo, pero no lo sabían. Lacan consideraba que la ignorancia era una pasión, como el amor y el odio, y sugirió que algunos pacientes pasaban de resistirse a conocerse a ellos mismos a buscar ese conocimiento de manera apasionada²⁸.

La sociología de la ignorancia

«Si existe una sociología del conocimiento —dice Charles Mills— también tendría que existir una sociología de la ignorancia»²⁹. Esta sociología bien podría arrancar con la pregunta: ¿quién no sabe qué? Vale la pena recordar que,